

Evangelio de la Misa de medianoche

Lucas 2, 1-14

“Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento”

En una noche como esta nació Jesús. Dejémonos sorprender por el misterio revelado y adorémoslo en los benditos brazos de María, quien lo presenta al mundo.

¡Qué maravilla! Dios mismo, quien desde siempre vive en una luz inaccesible el misterio de su identidad, se ha hecho don, regalo para cada uno de nosotros, se ha hecho presente en su Palabra que es su Hijo Jesús. Así nos asegura su amor, nos invita a la amistad con Él y se manifiesta una vez más como hace más de dos mil años en Belén.

Lucas es el encargado hoy en ponernos a tono con el acontecimiento. El relato lucano del nacimiento de Jesús gira entorno a este mensaje central: el salvador prometido por Dios está presente aquí y ahora, su venida se ubica en la historia y tiene un significado para ella. De aquí se concluye el significado de esa presencia tanto para Dios como para toda la humanidad.

Leamos lentamente, con mucha atención, sintiendo la fuerza de las palabras, orando constantemente, este maravilloso relato que en su sencillez tiene tanto para decirnos.

1. Jesús se ubica dentro la historia universal: el alcance su venida al mundo (2,1-5).

José y María viajan a Belén presionados por el edicto del emperador romano Augusto; de esa manera, y por una providencia histórica (conducida por Dios), el nacimiento de Jesús se realiza en la ciudad de David, lo que inmediatamente nos lleva a pensar en la realización de la promesa mesiánica. La mención de personajes (el emperador Augusto, el gobernador Cirino) y de eventos conocidos por todos (el censo, el viaje a la ciudad de origen) nos dicen que el Mesías vino al mundo en un momento concreto de la historia universal. Así la historia humana y la historia de la salvación terminan confluyendo.

Pero la referencia al contexto histórico preciso no es inofensivo. El evangelista establece un contraste de cual el lector debe desentrañar el mensaje.

El emperador Augusto, mencionado al comienzo del relato, es el dominador del mundo, el que tiene sometida políticamente a la Palestina, a quien se le han atribuido los títulos de “príncipe de la paz”, “el salvador del pueblo”, “garante del orden y del bienestar”. Surge entonces espontáneamente la pregunta: ¿los títulos que el recién nacido recibe esta noche en Belén (el “**Salvador**”, el “**Mesías**”, el “**Señor**” y el portador de la **paz** a la tierra), no son una contestación de la figura del emperador?

2. Jesús nace en la humildad, su trono son los brazos de su Madre (2,6-7)

Con una frase muy corta y sin ninguna solemnidad, el evangelista nos informa que Jesús nació. En cambio se preocupa por describir finamente las circunstancias del nacimiento. Jesús comienza su camino en la tierra como ser débil y pobre.

El alumbramiento se da en las condiciones más bajas posibles: María y José son pobres, se las arreglan como pueden e improvisan una cuna. Estando en una casa donde no hay lugar para el hospedaje, se van al lugar donde se guarda el ganado, y la cuna del niño sólo podrá ser el pesebre donde comen los animales.

Jesús nace sin tener un lugar digno para reclinar su cabeza, sólo tiene a su madre quien le ofrece toda la ayuda posible: **“Lo envolvió en pañales y le acostó en un pesebre”** (2,7).

Lucas se detiene en esta escena y subraya los gestos del amor maternal de María, que se convertirán, de aquí en adelante, en la señal para reconocer al Mesías (ver 1,12).

3. El pregón de la Navidad (2,8-14)

Así como sucedía en el mundo antiguo ante los grandes eventos, el nacimiento de Jesús es anunciado solemnemente. Pero a diferencia de los demás este anuncio no lo realizan voces de la tierra sino voces del cielo.

El esplendor de la luz de la gloria celestial envuelve a los pastores y se escucha el pregón de un Ángel (1,8-12).

Los destinatarios de la gran noticia son los pastores, representantes del mundo pobre y marginado. El Ángel los invita a la alegría desbordante y anuncia que se trata del nacimiento de Jesús, quien es el “Salvador”, “Mesías” y “Señor”. Ésa es la gran dignidad del recién nacido:

- Jesús es el **“Salvador”**

Es un título de Jesús que encontramos sólo en este Evangelio (excepto Juan 4,42). Quiere decir que la obra que Jesús va a realizar tiene como resultado la “salvación”.

En el mundo greco-romano algunos personajes tales como dioses, filósofos, estadistas y reyes, llevaban el título de “salvadores” (como lo acabamos de mencionar en el emperador Augusto). Pero es también un título que se encuentra ya en el Antiguo Testamento como atributo de Dios (ver Is 45,15 y 21).

Jesús se distingue claramente de los mal llamados “salvadores” de su época y realiza plenamente este atributo de Dios: **“Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos”** (Hch 4,12). Con este título reconocemos a Jesús como el liberador que rescata a los seres humanos del mal, sea éste físico, político, cósmico o moral (pecado). El Evangelio lo constatará.

- Jesús es el **“Cristo”** (ó “Mesías”)

Quiere decir que Jesús es el “ungido” (o designado oficialmente por Dios) que se dedica al servicio, la protección y la liberación de su pueblo. Como tal es el “esperado”.

En tiempos de Jesús los distintos partidos religiosos se imaginaban al “mesías” de manera distinta: unos lo esperaban como “rey” semejante a David, otros como un “sacerdote”, otros en los dos roles al mismo tiempo. Por eso este título era ambiguo.

En el caso de Jesús, sólo después de su muerte, se va a clarificar lo que este título significaba exactamente en Él. De hecho, en la predicación de la Iglesia primitiva se insistió en que el mesianismo de Jesús se comprendiese a la luz de su muerte y resurrección: **“Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras...”** (1 Co 15,3).

En el Evangelio, Lucas nos muestra como el mismo Jesús va revelando poco a poco que él es el Mesías sufriente, que va a la gloria pasando por la muerte (24,26). Sus seguidores se van a identificar de tal manera con él que tomarán su mismo título: **“cristianos”** (Hch 11,26; ver 26,28).

- Jesús es el **“Señor”**

El nombre más común de Dios en el Antiguo Testamento, Yahveh, fue traducido al griego como “Kyrios”, que en español se dice “Señor”. Por eso llamar a Jesús “Señor” es equipararlo a Yahvé.

Sin embargo, ¡atención!, ni él mismo ni los primeros cristianos lo confundieron con el Abbá-Padre. Además de esto, hay que tener en cuenta que en el mundo greco-romano en que fue proclamado el Evangelio, el título “Señor” se le aplicaba al Emperador y a otros grandes personajes divinizados; recordemos que Pablo va a decir en una ocasión: **“(Aunque) hay multitud ... de ‘señores’, para nosotros no hay más que...un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros”** (1 Corintios 8,5-6).

Hay todavía una particularidad: en la obra de Lucas (Evangelio y Hechos) el título de “Señor” es el que mejor expresa la dignidad de Jesús como resucitado: **“A este Jesús Dios le resucitó... Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado”** (Hch 2,32 y 36).

Por tanto, la proclamación de Jesús como “Señor” en la noche de la Navidad es un anuncio de lo que se va a revelar de manera extraordinaria en su Pascua.

4. Una sinfonía resuena en el cielo: Dios está de fiesta (2,13-14)

Al pregón del nacimiento de Jesús, el Salvador-Mesías-Señor, le hace coro el ejército de los ángeles, representando al mismo Dios en fiesta. El contenido del himno proclama el significado de este nacimiento tanto para Dios como para la humanidad:

- **El nacimiento de Jesús da “Gloria a Dios”**

La venida de Jesús es una iniciativa del amor misericordioso del Señor por medio de la cual él se glorifica a sí mismo dándose a conocer como Dios, es decir, salvando.

- **El nacimiento de Jesús trae una era de “Paz a los hombres”**

La “Paz” es el regalo de Dios para la humanidad: a través de Jesús Dios concede su paz a todos los hombres. Se trata de una paz que se fundamenta en la “complacencia”, en el amor de Dios.

En contraposición con la falacia del emperador Augusto, que ofrecía una paz basada en el dominio militar, Jesús viene como el verdadero príncipe de la paz y quien lo recibe en su humildad de niño, en el pesebre, recibe por medio de él el amor total y definitivo de Dios que transforma completamente su vida y la hace don para los hermanos, fermento de justicia en la sociedad.

¡Ha llegado la Navidad!

El cuadro de la navidad que nos regala el evangelio de Lucas con todo el colorido y precisión de sus pinceladas no invita a hacer parte de la escena.

Este es la gran alegría de la navidad: el niño Jesús nos dice con su presencia que somos amados tal como somos, a pesar de nuestros pecados, a pesar nuestras debilidades, incluso nos ama más por eso.

Digámosle a todo el que esta gran solemnidad encontremos en nuestro camino: ***“¡Vamos, corramos a Belén para que veamos lo que el Señor nos ha manifestado!”*** (2,15).

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón:

Con el evangelio de Lucas pongámonos ante el pesebre y hagamos allí una bella “lectio divina” de este evangelio con nuestra familia. Dejemos que brote de manera sencilla y espontánea la oración, y que nuestro corazón calientico por la Palabra se atreva a amar...

1. ¿Cuáles fueron las circunstancias del nacimiento de Jesús? ¿Cuál fue el signo que orientó a los pastores en el reconocimiento del Mesías? ¿Cómo se repite ese signo hoy y a qué somos llamados?
2. ¿Quién es Jesús para nosotros? ¿Qué hace en nuestra vida? ¿Con qué términos podríamos expresarlo mejor?

3. ¿Qué sugerencias nos da este pasaje para anunciar a Jesús en el mundo de hoy, sobre todo en el ambiente en que vivimos? ¿Qué diríamos? ¿Con quiénes comenzaríamos? ¿Cuál debería ser el resultado de nuestro anuncio?
4. ¿Qué nos enseñan las actitudes de María y de los pastores en la noche de la Navidad? ¿Cuál es la mejor manera de celebrar el misterio del nacimiento de Jesús?